

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

Medite... un poco

Las dos de la mañana.
Un portero que se lanza desalado como una bola negra por la escalera de la casa rectoral.

—¡Señor cura, señor cura!

Nada...

—¡Señor Cura!.. —¡Din, din!.. —Pif... paf... Y sacudida va... y empujón viene...

El Cura, que duerme con el sueño del ultrajusto, comienza a moverse en la cama y a sospechar que están llamando a la puerta.

—¡Señor Cura! ¡Señor Cura!

¿Qué hay?

—¡Un enfermo urgente! ¡¡no, muy urgente!.. ¡archiurgente!

—Voy en seguida...

El sacerdote se viste en un periquete, y con el sombrero en batalla, el alzacuello en la espalda y la sotana abotonada salteada, aparece en el descansillo, todavía llenos de sueño sus ojos.

—¿Dónde es?

—En el 418 de la calle del Rívoli.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre.

—Entonces a paso de carga... La cosa debe ser seria.

Los dos hombres echan a correr por las calles llenas de sombra y silencio, atajando por donde pueden, no desviándolos el menor obstáculo, cambiando de vez en cuando alguna palabra, que silva bajo las arcadas, arrastrada por el aire de la carretera...

—¡Hace frío!...

—¡Sí, no hace calor!...

—¿Y ha sido algún accidente?

—¡En modo alguno!... ¡Un enfermo desde hace dieciocho meses!...

El Cura sigue trotando, envuelto en su gran capa, con el sombrero echado sobre los ojos a causa de la brisa glacial que llega a ráfagas desde lo último de las Tullerías y trae en la noche silenciosa los rechinamientos de las hojas secas y las quejas del viento en los grandes árboles.

—¡Aquí es!—exclama el portero.

Una gran puerta, que se abre lentamente, como a su pesar, y una inmensa escalera en la que tiembla a media luz la llama amarilla del gas.

¿Qué piso?

—Quinto.

—¡Naturalmente!

Y comienzan la subida penosa, lenta, porque los escalones son muchos y los pisos no se acaban nunca.

Casi en cada meseta relucen en las puertas placas de cobre que resultan una ironía ante el paso de aquellos dos hombres hacia la muerte.. Banquero.. Contencioso... Segundo piso.. Modista... entrada de las aprendizas... Tercer piso... Señorita Lucía, modas.

Cuarto piso... nada... Cinco, nada... La puerta misma no está ni entreabierta.

—¡Qué extraño, habiendo un enfermo tan urgente!

—¡Tan urgente!..—murmura el Cura, que ya ha recobrado todo su aliento, y que está acostumbrado a las ascensiones en los Alpes.

En cuanto al portero, es una desolación.

¡Din... din!

Una puerta, dos puertas que se abren... Pasos ligeros que se amortiguan en la moqueta espesa de la entrada... Una cadena de seguridad que se desengancha lentamente... Una criada que aparece, apartándose sin desplegar los labios para dejarlos pasar...

—¿Es aquí?—pregunta el cura.

—Sí, sí... Si el señor quiere entrar en la sala... voy a avisar al señorito...

Vivamente coloca una luz sobre el piano y se va.

—Pero... ¡Vaya, que yo no vengo aquí, a las dos de la madrugada, para hacer antesalas!... comienza a mascullar el Cura, poniéndose nervioso con todas esas demoras ante la muerte, que a buen seguro que ella sí que no hará antesalas como él.

Todavía puertas que se abren misteriosamente: una... dos... tres... cuatro. Creeríase uno en Venecia, en la Edad Media.

—¡Sapristil! ¿No habrá aquí más que puertas?

Aparece, en fin, un señor muy bien puesto; pantalón gris, cazadora azul, botón de cruz en el ojal.

—Señor Cura... Suplican a usted

unos instantes todavía de espera... El tiempo para prepararle...

—¿De prepararle?... ¡Pero eso es de cuenta mía!

—¡Oh, no, no lo permitiríamos!...

El Cura, asombrado tocó en la obscuridad una machan sobre su sotana. ¡Son verdaderamente apocados todos esos pobres cristianos del último figurín, con sus preparativos, sus acicalamientos, su pavor de la muerte! Cuando no está allí la «galería» para obligarles a sostenerse con algún decoro, cuando el orgullo o el respeto humano no les coge por el cuello para forzarles a vigilarse un poco, la más débil jovencita de archicofradía muere más valientemente que ellos, a pesar de todas las inyecciones de médicos complacientes para hacerles tragar la cosa casi sin enterarse...

Una puerta que se abre rápidamente... Una señora en peinador malva, con el aire más imponente aun que el del señor...

—¡Querido, cuando quieras puedes conducir al señor Cura!...

Todos se levantan entonces, y dignamente remolcados por la gran dama en malva y el señor bien portado, atravesando la fila obscura de habitaciones, el vicario llega, al fin, a la alcoba.

Esta se halla vivamente iluminada y perfectamente en orden. Todas las redomas se extienden ordenadas en batalla sobre la cómoda; la familia entera: criadas, criados, cuñada, mujer, hermano, alineados, en fila, como los frasquitos, y en torno a una cama muy blanca, en la que está extendido, frío, rígido, cosmetizado, peinado, un cadáver en frac negro y corbata blanca, y que luce en aspa el cordón de la Legión de Honor.

—¿Pero este hombre está muerto?—pregunta el cura sobreexcitado.

—Sí, señor; desde ayer tarde.

—¿Por qué no me han avisado antes?

—¡Ah, señor Cura!—dice la dama juntando las manos sobre los encajes de su peinador—, seguramente que su presencia le habría anticipado la muerte...

—¡¡...!!

—Pero somos gente religiosa, y le suplicamos una oración por su alma... ¡Oh, Dios mío!

Y se puso a sollozar.

El Cura, indignado de la comedia de que se le quería hacer cómplice, reco-

gió con ímpetu su manteo, y sin responder tomó la dirección de la puerta, mientras que la mujer se arrojaba ante él.

—¿Dónde va usted señor Cura?

—A acostarme.

—¡El señor Cura no hará eso!...

—¿Que no lo haré?... ¡En el acto!...

—No.

—Sí... ¡Y he aquí la prueba!...

Y sale arrastrando en pos suyo al portero...

Llega al arranque de la escalera, y aún la dama sigue suspirando, hablando sola en la meseta, levantando ambos brazos hacia el techo del piso, como para justificarse.

—En fin. Hemos hecho lo que hemos podido... Somos cristianos, sí, señor, pero también tenemos humanidad... ¡Pobre amigo, no le faltaba más que eso! ¡Hay para perder la fe!...

Al día siguiente, las familias, amigos y emparentados recibían la siguiente esquela:

"Suplico a usted que asista al entierro de Mr. Aquiles Burard, muerto a la edad de sesenta y tres años, después de recibir los Sacramentos de la Iglesia".

¡Medite usted un poco, mi amigo!... ¡Si no los hubiera recibido!

PIERRE L'ERMITE.

¡Gobernantes!

En todo el mundo se ha desatado una carrera desenfrenada hacia los cargos públicos, convirtiéndose éstos en meta de no muy claras intenciones. El Gobernante ni ha de ser improvisado, ni tampoco como nos lo pinta Maquiavelo en su famoso "Príncipe".

Gobernar es sacrificarse por los demás. Quien gobierna, dentro de la esfera que sea, ha de vivir un renunciamiento completo de sí mismo, olvidándose de todas sus ambiciones y deseos propios para pensar sólo en lo que conviene a los demás. Su conducta privada tiene que estar a cubierto de toda censura y para ello el gobernante ha de ser de una honradez extraordinaria para que sus gobernados vean en esta honradez una garantía de los actos públicos que realice. Imposible que una persona administre rectamente los bienes ajenos, si en su vida particular no obra con la honradez acrisolada que corresponde a un buen ciudadano, un buen padre y un buen esposo.

El pueblo acusa fácilmente su falta de fé y de confianza en los gobernantes que no son honrados. Por eso con su fino instinto pierde la ilusión fácilmente en aquéllos que sabe que no pueden ser muy honorables porque en su vida privada... no lo han sido nunca.

Por eso como gobernar es sacrificarse, los pueblos miran con cierta desconfianza a quienes a fuerza de empujarse unos a otros les ven llegar a los puestos de gobierno en carrera desenfrenada.

"Buen Arzobispo será, pues que no lo quiere ser", decía la reina Isabel de Cisneros, al ofrecerle la bula de su nombramiento.

Desgraciadamente en esta etapa de la vida del mundo en que vivimos, no hay muchos que lleguen a ocupar los cargos públicos con espíritu de renunciamento. No obstante, también sabemos, que existe la minoría de hombres honrados y patriotas que llegan al Gobierno de los pueblos, dispuestos a efectuar el sacrificio de su vida, si es preciso, en bien de la Religión y de la Patria.

J. M.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Caminaba Jesús por el camino de Betania, tantas veces recorrido acompañado de sus discípulos. Subió hacia el monte Olivete donde se detuvo. Todos esperaban algún suceso extraordinario de su Maestro. Fijos en El los ojos esperaban callados los acontecimientos.

Jesús de Nazaret, contempló el grupo de sus leales amigos y sin decir palabra alguna bendijo a todos. Y al mismo tiempo que los bendecía, suavemente y por su propia virtud, fuese elevando sobre todos ante el asombro extraordinario de sus discípulos.

Ante el espectáculo nunca visto, extáticos contemplaban la ascensión del Señor, hasta que una nube vino a interponerse ocultándole a sus ojos. Jesús de Nazaret terminaba su misión sobre la tierra.

Las generaciones que siguieron a los acontecimientos de la vida de Jesús de Nazaret, tenían ya normas concretas de vida para que sus actos fuesen conformes con la voluntad de Dios.

En sus tres años de vida pública, día por día, fué Jesús de Nazaret sembrando su palabra por los caminos de la Judea, enseñando a todos, dando consejos a los humildes y a los poderosos, censurando duramente el mal cuando se presentaba a su paso, alabando las virtudes de los humildes, y dejando en el corazón de los hombres el bálsamo suavizador de las bienaventuranzas que escucharon admirados en el sermón de la montaña.

El pobre encontró en su doctrina la mansa resignación a su pobreza y la alegre esperanza de encontrar en ella un remedio seguro para estar más cerca de Dios y encontrar abiertas de par en par las puertas de la gloria. El rico, escuchó de labios del Maestro el consejo elocuente de la caridad para que por ella encontrase fácil el camino de la perfección. La pecadora, oyó dolorida, y avergonzada las palabras de perdón y la súplica cariñosa que le rogaba: «no vuelvas a pecar».

Las muchedumbres oían continuamente las parábolas sencillas y elocuentes que les ponían de manifiesto las normas de moral y de justicia a la

que debían sujetar su vida. Y los eternos intelectuales del orgullo oyeron también la dura crítica de su egoísmo y de su soberbia. También contemplaron los ambiciosos estupefactos el gesto valiente y digno de Jesús de Nazaret, que por dos veces les arroja de la casa de oración, convertida por ellos en templo de la avaricia y del dinero.

Y perdona en la parábola al hijo pródigo, y se acongoja ante la Jerusalén decidida y termina aún en la Cruz perdonando a sus verdugos. Extraordinaria lección que ha llegado a nosotros a través de los siglos como un caso de locura de amor hacia los hombres.

Y ésta es la misión que Jesús de Nazaret ha terminado. En su vida no nos faltarán normas de conducta a las que sujetarnos para que nuestros actos sean conformes con su voluntad. Nos lo repetirá la conciencia y ella nos ayudará a aprovechar sus enseñanzas.

El mundo nos apartará algunas veces de la vida espiritual de nuestra alma, pero El lo ha previsto todo y nos ha dejado en un milagro de amor su permanencia en la Eucaristía. Si flaqueamos El está allí, entrará en nuestro corazón, nos hablará con el amor con que habló siempre a las muchedumbres que se le acercaban y oiremos complacidos la palabra de Dios que dice a nuestra alma arrepentida... «Y no vuelvas a pecar».

Todas nuestras actividades humanas podemos ajustarlas a las enseñanzas que El nos dió en sus tres años de vida pública. Si a él nos sujetamos no sólo se alegrará nuestro corazón, sino que será fácil nuestra vida espiritual que lejos de estos principios vive inquieta e intranquila porque el alma sólo es feliz cuando vive de acuerdo con la voluntad de Dios.

.....

Dos ángeles del cielo se aparecen a los discípulos que contemplaban la nube extasiados.

—«Galileos. ¿Qué estais mirando? Este mismo Jesús que de vosotros ha sido recogido al cielo, ha de venir del mismo modo que lo habeis visto subir.»

R.

LA PENITENCIA DEL PADRE CAVANILLES

¡Me han puesto una penitencia bien original!

Acabo de confesarme para el cumplimiento, y en verdad que me ha tocado un confesor benigno y razonable y hasta gracioso. ¡Y eso que llevaba yo carga bien pesada!

Me ha impuesto la penitencia de preguntarme cuarenta días arreo esta preguntilla: ¿Soy cristiano? ¿Vivo como cristiano? Y que rece después un Padre Nuestro.

Fácil es la penitencia, porque ¡cuidado si llevaba yo pecados! Con que vamos a cumplirla. ¿Soy cristiano? ¿Vivo como cristiano? Padre Nuestro que estás en los cielos... A dormir y hasta mañana.

(A los siete días.)

Hora es de acostarse. Echaremos antes un cigarrejo, mirando a la luna, que es bella. Y a propósito, ¿se podrá cumplir la penitencia fumando? No me lo dijo. Supongo que sí. Voy a quitarme la gorra.

Ricardo, de parte del P. Cavanilles te pregunto: ¿Eres cristiano? ¿Vives como cristiano? En cuanto acabe el cigarro rezaré el Padre Nuestro.

Hombre, la verdad que esta pregunta ya me va intrigando. Llevo el séptimo día de penitencia. Hoy ya he leído el periódico, que me dijo que no leyerá. También he estado en el teatro a ver «El zapatito blanco», un juguete inculto e indecente como pocos. Ya empezamos a cojear. Y, lo que es peor, tras esto vendrá lo otro. ¡Y cómo me lo dijo el P. Cavanilles! Todavía lo recuerdo perfectamente. Hacía yo la confesión, sin que me dijese otra palabrita que ésta, pronunciada con labios de miel:

—Bien, siga usted!—Y decía yo una barrabasada, y él: —Bien, hijo mío: adelante. —Y otra barrabasada mía, o diez, o cincuenta juntas, y él:—Bien, siga usted.

Y terminamos la confesión y me dijo con la mayor sencillez:

—V el año pasado, ¿traería usted los mismos pecados, poco más o menos?

—Si padre—contesté yo con perfecta naturalidad.

—Y hace dos años ¿los mismos?

—Poco más o menos sí, Padre.—Pero ya me inquietaba la pregunta.

—Y hace tres años, ¿los mismos?

—Si, padre—contesté ya avergonzado, bajando la voz y la vista y temblando de llegar a los cuatro años.

—Y el año que viene, ¿traerá usted los mismos?—me preguntó, por fin con suma calma.

Me desconcertó aquella salida, me avergonzó y no tuve más remedio que contestarle: —No, padre ya me enmendaré.

—Si, hijo mío—añadió—, ¡enmiéndese!, porque esa vida no es cristiana y es muy fácil que pare usted en el infierno, porque ni éstas son confesiones, ni ésto es dolor, ni ésto es propósito, ni lo que usted tiene es vida de cristiano.—Todo dicho con una dureza que, sin embargo, me pareció suave por el amor con que venían envueltas las durísimas palabras. Y me impuso la famosa penitencia que estoy cumpliendo.

(A los treinta días.)

¡Ajajá!, está buena la cama. Ya tenía ganas de descansar y de meterme entre sábanas. ¡Cuidado que hemos tenido hoy jaleo! Apago la luz y hasta mañana. ¡Ah, se me olvidaba la penitencia! ¿Llevo ya?... ¡Treinta días! ¿Soy cristiano?... ¡Vaya una tontería! ¡Pues no! ¿Vivo como cristiano? ¡Hombre no he nacido yo para santo! Mi vida no es de las peores; otros lo hacen peor que yo. Padre Nuestro... Ya estoy deseando acabar la penitencia, que ya me resulta tonta y cansada. Era pesado y cruel el tal P. Cavanilles... ¡Soñemos, alma, soñemos y durmamos!

(Insomnio.)

¡Tan!... una... ¡tan!... dos... ¡tan!... tres... las tres ¡y aun no duermo! ¿Qué es lo que tengo? Yo creía iba a dormirme en seguida... ¡Cuidado que son originales estas pesadillas!

Toda la noche estoy canturreando en horrible sueño el aria de «Roberto». «¿Yo soy inglés o alemán?...» con la letra del P.

Cavanilles. «¿Yo soy cristiano o animal?...» Voy a incorporarme a encender la luz, a echar un pitillo y a cansarme un poco más, para dormirme.

Con que ¿Yo soy cristiano?... ¿Y vivo como cristiano?... ¡Vaya! Ya que no me duermo es cosa de pensarlo.

Yo llevo ya hace diez años a la confesión pascual, única que hago en todo el año, los mismos pecados, poco más o menos. Y empiezo ya, por desgracia, a cometer los mismos este año.

Yo llevé a la confesión pecados contra todos los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia.

¿Qué leo? Como me dijo el P. Cavanilles les periódicos que insultan a Jesucristo y a la Iglesia: ¿A quién voto? A los enemigos de la Iglesia. Mis amigos son bien poco cristianos todos ellos. Mis conversaciones son bien poco católicas por cierto.

¿Cuánto tiempo del año estoy en gracia de Dios? Confesé el Domingo de Ramos. Desde el miércoles de Pascua estoy en pecado. Y ¿hasta cuándo? ¿Hasta Ramos del año próximo? Total, diez días en gracia de Dios y 356 en desgracia de Dios y enemistad de Cristo.

¿Cuánto tiempo dedico a las gracias cristianas?

Supongamos que oigo misa todos los domingos y fiestas del año, más una hora o dos que me cuesta el cumplimiento, más una o dos o tres de algún sermón. Total 68: $2 + 2 + 2 = 38$ horas de cristiano por 8.760 que tiene el año.

¿Soy cristiano?... ¿Vivo como cristiano...?

Y está todos los días Cristo en el sagrario, invitándome a comulgar; y en el confesonario, invitándome a reconciliarme con El; y en la misa, sacrificándose por mí; y en el púlpito, predicándose por medio de sus sacerdotes... pero yo ¡una vez al año! y ¡hola! me parece que hago una gran cosa!...

(A los cuarenta días.)

Padre Cavanilles, yo me confesé el Domingo de Ramos y cumplí la penitencia que usted me impuso. Al principio me pareció cosa de risa. Luego me pareció digna de consideración. Luego me avergonzó durante cinco días y me martirizó durante otros tres y me trae aquí resuelto a vivir de modo que pueda responder decentemente a ella en adelante.

Póngame usted un plan de vida cristiana.

¡Señor mío Jesucristo!... y propongo firmemente de nunca más pecar...

(Santas y buenas noches.)

Hora ya es de acostarme. Vamos a ver. Pregunta del Padre Cavanilles: ¿Soy cristiano?—Sí, por la gracia de Dios.—¿Y vivo como cristiano?—Sí, por la misma gracia de Dios.

R. V.

Acababa de morir un hombre que había vivido siempre cargado de deudas. El Emperador Augusto dió orden de que se adquiriera, por cuenta suya, el colchón en que el tramposo había dormido tantos años.

—Debe ser un colchón blandísimo y excelente, dijo el Emperador, cuando ese infeliz ha podido dormir tranquilo en él a pesar de las deudas que lo afligian.

A San Fernando III de Castilla

Tres perlas añadiste a la Corona que uniste de León y de Castilla.

El musulmán tu santidad pregona, y triste y derrotado te abandona Córdoba con Jaén y con Sevilla.

La cadena de hierro consistente, que atando un puente, sostenían Triana y Sevilla cruzando la corriente de barca en barca, la embistió tu gente marinera al albor de una mañana.

Y tu barca que el Cielo protegía, en su empuje brutal de peña en risco, rompió el hierro que fuerte resistía mientras a su cintura se ceñía sin romper el Cordón de San Francisco.

Rompieron las cadenas de tal suerte que resultó toda defensa en vano y en eslabones sueltos se convierte. Demostraste a la Historia ser más fuerte tu cordón de Terciario Franciscano.

Hermenegildo RODRIGUEZ

Gijón, 30 Mayo 1946

Comentando

EL PARAGUAS

En los círculos bien informados, se cree que ahora va imperar una moda nueva en la indumentaria del elemento juvenil del mal llamado sexo débil. La revuelta, tanto en los cofrades de este sexo como en sus entusiastas colaboradores, es, más que grande, inmensa, y más que extraordinaria, espantosa. Y es, queridos lectores míos, que a ciencia cierta nadie sabe en que va a consistir este imperativo de la diosa pagana de la devoción suprema femenina. A la diosa moda le ofrecen las mujeres de hoy sacrificios que, ni por la salud de sus respectivas madres, se atreverían a ofrecerla a ningún santo.

Unos dicen que se impondrá, para los trajes de ceremonia, una media, a modo de sombrero, o mejor, de gorro frigio, colgando por el sitio destinado en la cabeza, ya hace muchos años, a la coleta. Este sitio, claro está que hoy se ignora, pero se hacen científicos estudios y concienzudas averiguaciones para descubrirlo. Ya veremos si hay ciencia capaz de llegar tan lejos en sus averiguaciones. Otros, por el contrario, opinan que los actuales sombreros van a ser usados como zapatos. En definitiva, nadie sabe nada concreto, y se contentan con atisbar conjeturas más o menos bien dirigidas, pero, en realidad, pasos dados a tientas en el oscuro sendero de tan intrincado asunto. No tiene nada de extraño, ya que, a juzgar por los gustos imperantes, terminaremos por ignorar cuáles son los pies o la cabeza de una dama.

Yo he avanzado más que nadie en mis investigaciones y, curioseando por aquí y por allá, he sacado la conclusión, que ele-

vo a definitiva, de que la moda anunciada nada tiene que ver con la cabeza ni con los pies. Se trata, sencillamente, de los paraguas. No tiene nada de chocante la cosa, pues quien conozca, como yo, o como cualquiera de los que esto lean, las diversas formas y los distintos tamaños de los paraguas, a contar desde hace más de cincuenta años a esta parte, estará plenamente convencido de que una variación más, lejos de ser una cosa absurda es lo más natural del mundo.

¿Y cómo van a ser los venideros paraguas? Pues es muy sencillo de explicar. Todos conocemos los anteriores modelos: plegables y acaramelados, que, a fuerza de ingenio y de originalidad, sirvieron para que nuestras niñas llamasen estrepitosamente la atención pública al sacarlos del bolso de mano o de la cartera. También conocemos todas esas telas acebolladas y gelatinosas, que en sus transparencias cristalinas, daban la sensación, a quienes bajo ellas se cobijaban, de estar debajo de una claraboya.

Pues bien; de todo esto hayen la nueva moda, ya que lo que nos parece más lógico es que los inventos sigan una escala progresiva, y se amparen los últimos en los anteriores.

Los nuevos paraguas se podrán guardar dentro de la polvera, y su tela será puro cristal de ventana. Y para más comodidad tendrá sus visillos y cortinones. Así, en el caso de que el sol se muestre algo impertinente, al alardear de esplendidez en el envío de sus rayos, se echan los cortinones, y ya está. Y si es caso, se les puede dotar de celosías y contraventanas admirablemente. Y es que estos paraguas, por no ajustar del todo bien sus vidrieras, y por tener alguna que otra gotera, (nótese que el invento no está aún del todo perfeccionado), mientras no se les pongan canalones que comuniquen con el alcantarillado de la ciudad, han de ser usados exclusivamente los días que no llueva.

Por lo demás, es un gran invento que brindamos a los sabios del mundo.

HERO

Solución al Crucigrama n.º 21 por Morán

HORIZONTALES.—1. Calamidad.—2. Honra-Danao.—3. Data-Rudo.—4. Osero-Coena.—5. Ra-Carpa-Po.—6. M-Roa-E.—7. Io-Aleas-AI.—8. Trago-Ueste.—9. Alma-Roer.—10. Saria-Mirlo.11. Samaniego.

VERTICALES.—A. Adormitas. B. Crasa-Orlas. C. Ante-Arma.—D. Loara-Miaga.—E. Ah-Opalo-AA.—F. M-Roe-N.—G. Id.Aarau-Mi.—H. DA-ONC-Serie.—I. Ande Gros.—J. Dauco-Atelo.—K. Oropelero.

Jeroglífico n.º 28, por KINITO

VI IO
 T T
 100
 T T
 M O
 S

¿Qué dinero tuvo Luis?



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado
DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6 VALENCIA
Junto a la Plaza de la Virgen)

MATERIALES DE CONSTRUCCION

Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones

Ruperto Rivero Morán Covadonga, 27 - GIJON
Telefon

ROSALES PLANTAS JARDIN
Huevos incubación pollitos Leghom,
Cartillana, Orpington, Slymouth
Conejos muchas razas.

Avícola "SIERRA"

Reyes Católicos, 5 - AVILA

César A. Prieto PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Molinón, n.º 2 - T.º 3115
GIJON

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
DE

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3388

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56



Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRESTAMOS A INTERÉS MODICO